

Bajo el cielo estrellado de sus noches tranquilas



La Nochebuena de Las Palmas

por CLAUDIO DE LA TORRE

En el avión tenemos que remontar el vuelo para alcanzar los mil, los dos mil, los tres mil metros de altura. Ya estamos sobre las Cumbres canarias. Hay una transparencia en la que parece incrustado, inmóvil, el paisaje; un paisaje de piedra calcinada que se enfría junto a las nieves. Diríase que en las noches de invierno sube la brisa templada del mar para afilarse en estas rocas.

Abajo está el mar, y junto al mar las palmeras, los cactus, los centenarios laureles de la India. Toda la costa corre hacia América —porque Canarias es ya la orilla de otro mundo— cargada de aromas. Las isas y las folías son canciones marineras, pero se han acostumbrado ya a sonar al pie de los aguacates, de los chirimoyos, al calor de la ancha hoja

del tabaco. Abajo está el mar y la gente, y los geranios vivos, y la bouganville que temple entre sus ramas el frío de diciembre. Está casi todo porque está la vida de los hombres.

Pero éstas son las Cumbres. Este es el Nublo, el pico más alto de Gran Canaria, y al fondo, entre los fantasmas de piedra de Tejeda, se levanta el Teide envuelto en su sábana de nieve.

No se ve a nadie por estas montañas. Es difícil distinguir a la gente que se mueve por el laberinto de las rocas. Poca vida hay por las alturas. El ganado sólo se cuelga de los precipicios para bajar al valle. Sin embargo, el hombre vive aquí también.

Aquí ha abierto, en la roca, su cueva: las cuevas canarias. Amplias, limpias, blancas de cal. Generaciones y generaciones fueron horadando la piedra hasta conseguir un calor de vida. Son muchos los seres que habitan en ellas, más de los que se descubren al pasar, muchos más de los que se adivinan. En los días de la Navidad, en la Nochebuena sobre todo, animan con sus bailes y canciones el Belén natural que son sus cuevas de piedra dura. Decoran sus veredas las más modestas figuras de los Nacimientos, porque es verdad que los ganados pastan allí abajo, donde crece la hierba, pero en las alturas no faltan nunca las cabras y el pastor.

Junto al mar está la ciudad atlántica, Las Palmas. Tuvo un fuerte sabor colonial que perdió con los primeros años del siglo. Era entonces una ciudad pequeña, reducida casi su vida comercial a un barrio naciente, el de Triana, en el que aún

a ser con los años, pese a su sordina pasajera, la música que mejor acompañe al nacimiento del Niño Dios a la orilla del mar canario. El fragor de las olas que rompe en el espigón de San Agustín, y que a la catedral llega ya convertido en rumor lejano del mundo, no encontrará mejor réplica para la esperanza que aquel trinar de pájaros de los violines. Si alguna vez hay que despertar a un pueblo para que vea a un niño dormido, nada mejor que despertarlo así, suavemente, con una alegría apagada de cascabeles.

La ciudad en tanto, con el tiempo, se ha ido extendiendo por la costa y la hoguera primitiva ha encendido mil luces diferentes. Brillan las velas blancas de la Navidad en los múltiples barrios de la ciudad nueva. Brillan las velas rojas del árbol de Noel en los chalets coloniales con muebles ingleses. La ciudad se funde. De todas las razas, desde el nórdico in-



se oían muy próximas las campanas de la vieja catedral. En torno a ésta, estrechándose para caber todas, las calles del antiguo recinto de Vegueta, que fue la ciudad primitiva, desembocaban como arroyos en la plaza de Santa Ana. Aquí tenían lugar las mayores solemnidades del año: la conmemoración de la Conquista, la procesión del Miércoles Santo, las manifestaciones patrióticas pidiendo la división de la provincia...

Había una noche de diciembre, la Nochebuena, en que la plaza estaba a oscuras. Al fondo, sobre la orilla del mar, se abrían los grandes portones de la catedral como las compuertas de un horno por las que saliera un incienso de oro. Se quemaban dentro, en un fuego divino, casullas y ornamentos, candelabros de plata y libros de oraciones. Era la Misa del Gallo. Pero este fuego litúrgico, esta hoguera recién encendida que iba a dar calor a los fieles tenía su música familiar, hoy ya olvidada.

Esta misa de Nochebuena, que aún revive en alguna que otra parroquia apartada de la ciudad, pues ni los templos catedralicios se resisten a las novedades de los tiempos, volverá

glés hasta el moreno sirio trashumante, surge una raza nueva a la que da una savia vigorosa la antigua sangre de los canarios y la activa y conquistadora de la invasión forastera.

La Nochebuena de Las Palmas reúne bajo el cielo estrellado de sus noches tranquilas un mundo que está disperso por la Tierra y que allí se junta con un sueño común. Al otro extremo de la costa, el viejo barrio de Vegueta, el primer núcleo de la ciudad, mantiene sus tradiciones venerables. Cruza la gente la oscura plaza de Santa Ana y entra en la catedral. Luego, tras la misa, las casas se cierran para la cena y las calles duermen en silencio. La vida se ha ido lejos, hacia el puerto, y hasta el barrio de Triana, en un tiempo centro comercial, se ha ido quedando vacío con los años. Primero desaparecieron los hoteles extranjeros de la plaza de San Bernardo. Alguna casa se cerró también como se cierra una caja de recuerdos. Sólo quedaron en la plaza los más bellos laureles de la isla. Todo cambia, menos la Nochebuena. Porque la luz es siempre la misma desde Aquel día.

Geografía y quimera/Claudio de la Torre.— Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1964.